

AMICS DEL PAÍS

SOCIETAT ECONÒMICA BARCELONESA
D'AMICS DEL PAÍS -1882-

CONTRA EL PESIMISMO

————— Antón Costas —————

Conferència pronunciada en l'acte solemne
del lliurament dels Premis Anuals de la SEBAP
celebrat al Saló de Cent de l'Ajuntament de Barcelona

16 de març de 2017

Els textos d'Amics del País

SOCIETAT ECONÒMICA BARCELONESA
D'AMICS DEL PAÍS

Contra el pesimismo

Antón Costas

*Catedràtic de Política Econòmica de la UB i
expresident del Cercle d'Economia*

Conferència pronunciada en l'acte solemne
del lliurament dels Premis Anuals de la SEBAP
celebrat al Saló de Cent de l'Ajuntament de Barcelona

16 de març de 2017

Edita: Societat Econòmica Barcelonesa d'Amics del País
Dipòsit Legal B 20662-2017

Bona tarda a tothom; primer tinent d'alcalde, regidora, regidors, president de la Societat Econòmica Barcelonesa d'Amics del País, amic Miquel, amics, amigues, tots i totes.

Y gracias, Miguel, por esas palabras tan halagadoras de mi presentación. Me hacían recordar, momentáneamente, una anécdota que se cuenta de Don Miguel de Unamuno, paralelamente, en un escenario similar; cuando iba a dar una conferencia, el presentador alabó los atributos intelectuales de Don Miguel y, cuando acabó, parece que Don Miguel le echó una mano y le dijo: “Siga, siga, joven, que mi ego da para más”. Aquí también, estas palabras muy halagadoras, insisto, excesivas, probablemente de amigo, pero muy gratificantes para mí.

En primer lugar, quisiera agradecer el honor que me brinda la Societat Econòmica Barcelonesa encargándome esta introducción a la entrega de los premios. Es para mí, de verdad, un gran honor que agradezco íntimamente. Quisiera, también, antes de entrar en el contenido, felicitar a todos los premiados y premiadas hoy. Creo que el premio que van a recibir es un reconocimiento importante a la valía de todos ustedes, de todos vosotros, si me permitís, por edad, pero, ante todo, creo que es, también, una señal de un compromiso que se os pide desde la institución que os otorga el premio;

un compromiso de futuro, un compromiso en el sentido de estimularos, de incentivar que vuestra formación, que vuestro *expertise* en el futuro vuelvan a la sociedad en la que la institución está inscrita. Creo que este compromiso es importante. Este premio, como elemento de este compromiso personal que se os pide de que en el futuro podáis devolver, por así decirlo, una parte de vuestro conocimiento profesional a la sociedad, es algo importante también por lo que ahora voy a señalar.

Junto con mi felicitación, también me gustaría hacer un pequeño comentario (y en eso van a consistir mis palabras) para que la sociedad que os va a acoger o la que os acoge, el mundo que os va a acoger o que os está ya acogiendo no os cause mucha sorpresa. ¿Por qué lo digo? Porque, sorprendentemente, este inicio del siglo XXI ha traído consigo una época de un intenso pesimismo. De alguna manera, aunque no es causa única, la crisis económica y política ha venido acompañada, a mi juicio, de una especie de infección, de pesimismo; un pesimismo que, de alguna manera, trae también asociado o está fundado en una especie de nuevo fatalismo en el sentido de que muchas de las cosas que estamos viendo, muchos de los cambios y de las tendencias a las que estamos asistiendo, fatalmente da la impresión de que van a llevar a una sociedad más injusta, a una sociedad más desigual, a un mundo más convulso. Esto es sorprendente. Yo creo que estarán conmigo. Vosotros especialmente, estáis

escuchando cosas como que seréis más pobres que vuestros padres y abuelos, o que tendréis, inevitablemente, que salir fuera, que marcharos de vuestro país para poder encontrar trabajo, para poder encontrar un lugar que os dé las oportunidades para construir una vida profesional y personal con futuro. O estamos escuchando ese temor que, para muchos o para una inmensa mayoría, parecen traer los avances tecnológicos. Hace unos días hablábamos, en un foro que organizó la fundación de La Caixa en Palafrugell, de la robotización y de la idea de que la robotización y, por lo tanto, las nuevas tecnologías, van a traer un mundo de menor empleo y mayor desigualdad. Y podríamos seguir, yo creo que casi hasta el infinito. Fíjense en algo que, para mí, es, probablemente, el mayor triunfo de la humanidad en el siglo xx: el alargamiento de la esperanza de vida; el hecho de que vivamos, como media, un cuarto de siglo más que nuestros abuelos y, en muchos casos, que nuestros padres. Esto, que es un triunfo maravilloso de la humanidad, de la técnica, entre otras cosas, se ve, sin embargo, como un elemento algo así como “la maldición de Matusalén”, como un elemento que va a destrozarnos nuestras sociedades y que va a impedir a los jóvenes que puedan tener una trayectoria esperanzadora. Podría seguir, pero yo creo que coincidimos, los que estamos aquí, en que esta ola de pesimismo, esta especie de infección, está muy generalizada; está trayéndonos la idea de un mundo futuro sombrío y lúgubre en el que habrá muy pocas cosas que celebrar. Y contra esto es

contra lo que me rebelo. Contra esto va el título de estas palabras de hoy introductorias a la entrega de los premios, contra el pesimismo.

Y, para mí, es, quizás, más incómodo este pesimismo porque veo que mi profesión, la de economista, es una de las que más contribuye, a mi juicio, a este pesimismo. Siempre me ha sorprendido. Yo elegí, después de la ingeniería, estudiar economía en Barcelona con la idea de que era una disciplina que podía ayudar a la humanidad y a la sociedad en la que vivía a mejorar y que, de alguna manera, yo quería verme comprometido en ese esfuerzo de mejora. Sin embargo, mi sorpresa es que la tendencia de muchos de mis colegas es, básicamente, ver problemas. Cuando se analiza la realidad económica y social, la tendencia de muchos de nosotros es, insisto, hacer ese análisis viendo únicamente desequilibrios económicos, problemas de cualquier tipo o, lo que es aplicable a los momentos presentes, a focalizar ese análisis en el sector público en un sentido amplio, viéndolo como una fuente de disfunciones, de corrupción, de incompetencia; el fallo sistemático de las instituciones públicas. Y, en gran parte, este tipo de análisis, este tipo de pesimismo sobre las instituciones públicas, viene de los economistas. Da la impresión, por tanto, de que la disciplina que practico parece ser una disciplina que no tiene nada que celebrar, que no tiene nada más que decirle a la sociedad cosas malas o, dicho de otra manera, que no tenemos nada más que

denunciar o desilusionar. Esto no es nuevo. De hecho, fue Thomas Carlyle, un historiador victoriano del siglo XIX, agudo, muy incisivo, quien denominó a la economía “ciencia lúgubre” por esta tendencia tremenda. O quizás yo creo que debe ser más Bernard Shaw, porque tenía una tendencia muy fuerte, una querencia, por decirlo así, en acusar a los economistas de su época de lúgubres. Lo puedo entender. Si había leído el ensayo de Thomas Malthus, entiendo que pudiesen tener esa visión *malthusiana*, pesimista y lúgubre. Pero, en todo caso, después de hacer esta autoacusación a la profesión, he de decir que nos somos la única profesión que practica esta especie de análisis pesimista. Veo también cómo los filósofos o los sociólogos, con mucha frecuencia, caen en este análisis de tipo pesimista.

Por lo tanto, mi primera conclusión es que, sorprendentemente, el pesimismo tiene muy buena prensa. El pesimismo tiene un gran prestigio intelectual. Da la impresión de que para que te tomen en serio has de ser un poco “cenizo” a la hora de analizar la realidad, porque si te ven optimista, pierdes un poco de seriedad. Hace pocos días, unas semanas, después de una conferencia que di en Valladolid, después del coloquio se me acercó una persona seria, y me dice “Señor Costas, veo que usted es un optimista”, pero me quedó la duda, y confieso que no se lo pregunté, de si esa afirmación me la hacía como un elogio o como una denuncia. “Es usted un optimista”, “Es usted algo así como un per-

sonaje similar a aquel personaje, el Dr. Panglós”. ¿Se acuerdan de la novela de Voltaire, Cándido? Tenía una especie de optimismo infundado continuo, de ahí Cándido, el nombre de la novela. Los cándidos son los optimistas. Contra esto nace mi incomodidad y, contra esto, también, va esa advertencia que os quería hacer llegar. Porque, detrás de este pesimismo, hay una paradoja, además, en el sentido de que yo creo que tenemos muchas cosas que celebrar. Hago dos referencias, una al mundo en general y otra a nuestras sociedades en particular. Es para mí una cosa maravillosa el hecho de ver, como ciudadano y como economista, cómo, en las últimas décadas, la pobreza extrema, las privaciones extremas para cientos de millones de personas en el mundo se han reducido. Cuando los economistas, utilizando datos, vemos la evolución de la pobreza en el mundo en general y comparamos 1970-1980 con la situación hoy, los datos son muy claros: cientos de personas en el mundo, especialmente en Asia, África y América Latina, han salido de la pobreza, al menos de la extrema pobreza. Y creo que esto es algo que tenemos que celebrar. Angus Deaton, el Premio Nobel de economía del año pasado, cuenta en un libro precioso editado en castellano que se titula “El gran escape” cómo estos cientos de millones de personas, a lo largo del siglo XIX, han escapado (el gran escape) de la pobreza. Al menos, insisto, de la pobreza extrema. Yo creo que esto hay que celebrarlo. Esto es un resultado maravilloso. Pero, si vengo a lo que son nuestras sociedades, creo que también

hay motivos de celebración, muchísimos. Antes hacía referencia uno, en el que vuelvo a insistir: el aumento de la esperanza de vida de nuestras sociedades, de lo que estamos hoy aquí. Es algo maravilloso, algo espectacular. Y, sin embargo, tendemos a verlo como la causa de futuros males. Lo que os decía antes, “la maldición de Matusalén”. Da la impresión de que el aumento de la esperanza de vida de la población arruinará los sistemas de pensiones, impedirá que los sistemas educativos tengan recursos para poder dar oportunidades a todos vosotros.

Toda esta lógica no tiene sentido. Sin embargo, forma parte del discurso más habitual que estamos escuchando. Lo mismo ocurre, decía antes también, cuando miramos hacia lo que está llegando: esas innovaciones espectaculares en el campo de la medicina, de la bioquímica, de la ingeniería, de la robotización. Todo un mundo que trae unas expectativas de mejora de esperanza para la mejora de la humanidad, de todos nosotros, que es, a mi juicio, extraordinario. Sin embargo, socialmente lo vemos con ansiedad, con temor, con una gran incertidumbre de que sean las causas de futuros males. Yo creo que esto no tiene sentido. Aquellas personas que son pesimistas o que alimentan el pesimismo fundándose en el miedo a las consecuencias de todo lo que es esta oleada de innovación como mínimo son desmemoriadas. ¿Por qué creo que un pesimista ante todo es desmemoriado? Cuando no es, sin que esto sea una acusación,

reaccionario en el sentido de estar pensando en mundos anteriores que nunca existieron pero que, al parecer, habrían sido mejores. De hecho, si vemos la realidad, estos cambios técnicos en un sentido muy amplio de la palabra, estos cambios científicos, estos cambios sociales que están apareciendo, que estamos viendo, ya tuvieron lugar en el pasado varias veces y las sociedades de aquel momento también lo vieron con ansiedad y con temor, pero hoy vemos los resultados de todo aquello y Barcelona es un lugar extraordinario para recordar cuáles eran las visiones a finales del siglo XIX y el siglo XX cuando nacía la Barcelona industrial. Cuando vemos los resultados, yo creo que hay mucho que celebrar de todo aquello y creo que es lo que ocurrirá también en el futuro, pero, si es así, una pregunta es “Dado que ese pesimismo existe, ¿cuáles son sus razones?”, porque algún tipo de razón habrá y yo ahí encuentro dos de ellas en las cuales no me pararé pero sí que las enuncio. Una de ellas es que estamos asistiendo a un momento peligroso de nuestras sociedades occidentales porque, por primera vez, después de cuatro décadas, las que siguieron a la gran depresión de los años 30 y a la Segunda Guerra Mundial, el crecimiento económico ha roto su vínculo con el progreso social. Vosotros no, pero viendo las caras de muchos de los que estamos aquí, nosotros somos hijos de una época, los años 50, 60, 70, casi 80, donde crecimiento era, para nosotros, sinónimo de progreso social, de mejora en todos los sentidos, de la vida, de las condiciones de vida, de los salarios, de empleo,

del alargamiento de la vida, de la mejora de la calidad de la democracia, de las expectativas de futuro, de la igualdad de oportunidades. Para nosotros, crecimiento era sinónimo de progreso. Hoy, ese vínculo, si no se ha roto, sí que se ha deteriorado mucho y yo creo que este deterioro, esta ruptura del vínculo entre economía, entre crecimiento y progreso social está alimentando, en gran parte, ese pesimismo. Y la otra fuente, a la que ya he hecho referencia es cómo todas las innovaciones a las que estamos asistiendo y se nos están anunciando, innovaciones científicas y tecnológicas, crean una situación de ansiedad y de gran incertidumbre.

Déjenme parar un momento, ya mirando el reloj, en esta noción de incertidumbre porque no es lo mismo riesgo que incertidumbre. No es lo mismo una economía en situación de riesgo o una sociedad que vive situaciones de riesgo que de incertidumbre. El riesgo no nos frena. El riesgo no nos hace pesimistas. El tener conciencia de la probabilidad de que podamos tener una enfermedad, de que nuestra casa se quemara, que podamos tener un accidente de coche o que en una empresa haya problemas con la divisa no nos frena. Sencillamente, se calcula la probabilidad de ese evento. Hay empresas, las aseguradoras, que lo calculan y nos dicen “Mire, para asegurar este riesgo de enfermedad, para asegurar este riesgo de que tenga un accidente o tenga una enfermedad, le vendo una póliza, tiene este precio y la cubre”. Yo compro esa póliza, cubro ese riesgo y sigo adelante. El ries-

go no frena ni la economía ni nuestras vidas. La incertidumbre sí. ¿Por qué? Porque la incertidumbre, a diferencia del riesgo, es como una niebla densa. Cuando uno va por una carretera con un buen coche, uno se imagina que es buen conductor, lleva todo lo necesario y dice “Bueno, voy al límite de la velocidad porque sé que hay riesgo pero yo soy buen conductor, tengo un buen coche y puedo controlar ese riesgo”. Estupendo, pero cuando vas por esa carretera y de pronto entras al Pla de Lleida en una zona de niebla densa que no te deja ver eso que hay detrás de ella, eso no es riesgo, eso es incertidumbre, porque no sabes ver qué es lo que hay más allá de la niebla y, como no sabes ver qué tipo de sucesos o eventos hay, tampoco puedes calcular la probabilidad. En ese momento, la prudencia te lleva a bajar la velocidad y, en su caso, ponerte en el arcén para esperar a que se vaya la incertidumbre, la niebla, y después ya seguirás.

Pero fíjense en que la incertidumbre frena. Frena a una economía, a una sociedad, crea ansiedad. Por lo tanto, si la incertidumbre fuese el principal motor de este pesimismo, tendríamos que preguntarnos dos cosas. Una, ¿cómo, socialmente, podemos hacer frente a esa situación de incertidumbre para que no nos frene, para que no frene a la sociedad, para que no frene a la economía? ¿Cómo lo hacemos? Yo aquí les doy dos sugerencias para pensar. En primer lugar, tenemos que hacer algo desde la propia sociedad para elim-

inar o reducir esa incertidumbre. ¿Por qué motivo? Porque, si no, el futuro puede ser realmente muy pesimista. Y, ¿cómo, desde la sociedad, podemos reducir la incertidumbre? De la misma forma que hicieron nuestros antepasados cuando estaban en plena Gran Depresión y en la Segunda Guerra Mundial. Aquel era un mundo de incertidumbre y, ¿cómo lo redujeron? Creando instituciones sociales, públicas, que tenían la finalidad de decir a los ciudadanos “No tenga usted miedo al futuro, porque si tiene una enfermedad, habrá un sistema público de salud que le cubrirá esa contingencia. No tenga usted miedo al futuro al empleo, porque, si en alguna ocasión, queda desempleado por los motivos que sea, habrá un sistema público de seguros de desempleo que cubrirá temporalmente esa contingencia. No tengan ustedes miedo a no tener oportunidades de futuro porque montaremos un sistema público de educación que les dará esa garantía de igualdad de oportunidades”. Fíjense: la idea, en aquel momento, fue crear toda una red de instituciones y organizaciones sociales y colectivas que lo que le venían a decir a la población es “No tengan miedo frente al futuro. No sean pesimistas porque, con su esfuerzo, por un lado, y con estas instituciones, vamos a conseguir sacar esa neblina”. Yo creo que hoy hay que volver a hacer eso, hay que renovar ese mundo de instituciones sociales y colectivas porque, de lo contrario, el pesimismo será una especie de autoprefecía. Hay que renovarlo en un sentido que no es totalmente nuevo, pero sí tiene que serlo con

respecto a lo que se hizo en los años 40 y 50; va a ser nuevo al menos en una de las dimensiones. Yo creo que el sector público, en general, todas las instituciones públicas, incluyendo a este ayuntamiento, tienen una gran responsabilidad en estos y en los próximos años para volver a rehacer ese vínculo entre economía y progreso social, pero donde creo que va a estar, en mayor medida, la responsabilidad para volver a crear esta especie de contrato social nuevo, de compromiso, entre todos los miembros de una sociedad, un compromiso que les dice a todos “Si te va mal algo, nosotros te ayudaremos”, este contrato social, yo creo que, en este siglo XXI, tiene que tener un actor nuevo y muy decisivo que es la propia sociedad y nosotros mismos, vosotros mismos.

Hasta ahora, nuestra sociedad creía que con la responsabilidad del sector público y con el mercado, ese futuro optimista venía dado. El progreso era automático. Lo que hemos comprobado es que no es así. El progreso no es automático. Podemos tener una economía que crece, una economía que se recupera y que, sin embargo, deja en la cuneta, en los arcones, a millones de personas sin esperanza, sin trabajo, sin expectativas de futuro. Sacarlas de esa situación no es responsabilidad exclusiva ni de la economía del mercado ni del sector público, es del conjunto de la sociedad y es aquí donde creo que hay que reclamar, para todos nosotros, una mayor exigencia, no mayores derechos. Una mayor exigen-

cia personal y social para contribuir a volver a rehacer ese pegamento, ese contrato social que haga que el crecimiento económico sea, a la vez, sinónimo de progreso social y que permita, por lo tanto, sacar esa neblina del pesimismo y construir, como se pudo hacer, un futuro de esperanza y de optimismo para todos, especialmente para todos aquellos que más lo necesitan.

Muchas gracias.